

DOS circunstancias felices se aúnan en la exposición «Miguel Hernández, poeta». La primera, la calidad documental y estética de la muestra, que viene a culminar los numerosos actos que han enmarcado la efemérides del

cincuentenario de su muerte, que viene a culminar los numerosos actos que han enmarcado la efemérides del cincuentenario de su muerte. La segunda, la inauguración (¡por fin!) de la sala municipal de exposiciones en los antiguos locales de la

que fuera antaño Lonja de Pescado, tras unas inacabables y accidentadas obras de acondicionamiento, cuyo proceso ha llegado a semejar un ejemplo práctico del modo que se construían las catedrales góticas en el medioevo europeo.

Periplo por un poeta eterno

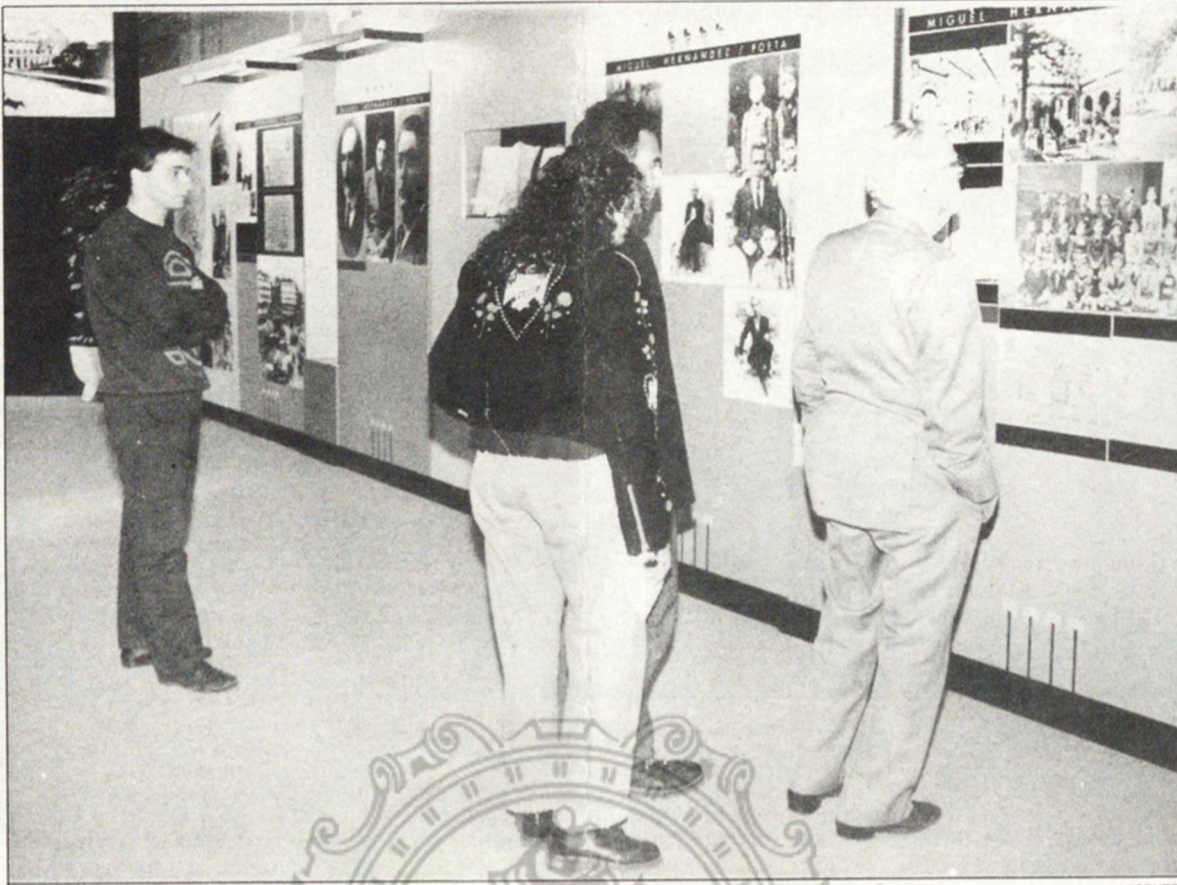
ENRIQUE GIMENEZ

La exaltación de la figura de Hernández en los primeros meses del 92 ha dado lugar a una cascada de declaraciones, manifestaciones, publicaciones y actos, en que sería fácil distinguir las voces de los ecos y, al modo evangélico, separar el grano de la paja que han aportado los que aprovechan cualquier ocasión para sacar tajada en beneficio exclusivo de sí mismos, o quienes parecen dispuestos a forjar una industria hernandiana a la que exprimir mientras dure.

Condenada al olvido, en esta ocasión, la faramalla oportunista, tres grandes e importantes contribuciones se destacan de entre los fastos hernandianos del noventa y dos: en primer lugar, la edición crítica de la obra completa por Espasa Calpe, realizada con gran solvencia por Agustín Sánchez Vidal, José Carlos Rovira y Carmen Alemany, y que pone ante los lectores un poeta más íntegro, cuyo trabajo literario no respondía a ninguna espontaneidad tópica, sino a una elaboración compleja y trabajosa; en segundo lugar, el congreso organizado por el Intituto Juan Gil-Albert, que reunió en Alicante, Elche y Orihuela a hernandianos de todo el mundo, y cuyas actas —cuando sean publicadas— marcarán una altura, en cantidad y calidad de las aportaciones que, previsiblemente, tardará tiempo en ser superada; y en tercer lugar, la exposición, que por su importancia merece un comentario más detallado.

El criterio

El criterio de los responsables de la muestra, Emilio La Parra y Ramiro Muñoz, ha estado presidido por el propósito de presentar al público todos aquellos elementos que pudieran permitir un conocimiento suficiente del hombre y del contexto en que gravitó su trayectoria vital, de una duración



VICENTE

La primera parte de la exposición está destinada al entorno oriolano y a la infancia y juventud del poeta

temporal breve, pero de una intensidad extraordinaria. Insertadas en esa línea biográfica se han introducido textos muy bien escogidos del propio Hernández, que adquieren así, a los ojos del visitante, una dimensión al ser su luminosidad mayor y, también más elevada su capacidad de sugerencia o de emoción.

Tal concepción, basada necesariamente en sutiles equilibrios, en que ha de combinarse adecuadamente lo literario, lo gráfico estrictamente hernandiano y lo puramente referencial, con la incorporación de objetos personales significativos, era imposible sin un previo y exhaustivo trabajo de investigación documental. El archivo de los herederos del poeta ha sido fundamental, pero la

nómina alcanza a otros veintiún fondos documentales, algunos familiares, otros de instituciones privadas o públicas, cuyos fondos han aportado datos a la exposición, en ocasiones con resultados excepcionales, como en el caso de la ficha de alistamiento del poeta en el Ejército de la república, localizada por Emilio La Parra en la sección Guerra Civil del Archivo Histórico Nacional en Salamanca, y donde quedaba probada, de manera indubitable, su militancia en el Partido Comunista en septiembre de 1936.

Entorno oriolano

La primera parte del periplo de la exposición está destinada al entorno oriolano y a la infancia y primera juventud del poeta. Hom-

bre identificado con su tierra, la presencia de su ciudad, el colegio de Santo Domingo, en el antiguo edificio universitario, sus amigos Fenoll, Molina y Sijé, y sus poemas iniciáticos, algunos de los cuales se presentan con la letra todavía inmadura del escolar, cubren una etapa inicial en la que no se adivina el futuro escritor.

Una segunda parte del recorrido está dedicada al Madrid hernandiano, a donde acude por vez primera a finales de 1931. Se recogen opiniones manuscritas de personalidades de la cultura española al primero de sus libros, «El rayo que no cesa», entrevistas que publican algunas revistas de la capital, donde se acuña la caricatura pintoresca que presenta a Hernández como «el cabrero poe-

ta» y las relaciones con quienes serán sus principales amigos y valedores en la capital: Aleixandre, Neruda y José María Cossío.

Una especial atención recibe Josefina Manresa, la mujer del poeta, a lo largo y ancho de la muestra. Nada más lógico, habida cuenta del papel central que su esposa tendrá en la obra hernandiana, donde el amor es protagonista pleno. Fotos, postales, objetos, cartas, poemas dedicados («a mi gran Josefina adorada»), dan la imagen de un amor repleto de ausencias.

Poeta-soldado

Un tercer aspecto de la exposición se halla dedicado al poeta-soldado, inmerso en la guerra civil. La contribución gráfica y documental es en este apartado magnífica. Fotografías poco conocidas o inéditas, ejemplares de periódicos en los que Hernández colabora, poniendo su pluma al servicio de la causa republicana, hacen más comprensible la poesía épica y neorrealista de «Viento de pueblo».

Si bien la exposición finaliza con cuadros sobre Miguel, algunos de dudoso gusto, y carteles de homenajes celebrados en momentos menos propicios que el actual, la etapa carcelaria, y su enfermedad y muerte constituye la parte más emotiva del recorrido. En ella se pueden admirar los dibujos hechos por sus compañeros de prisión, el conocidísimo de Antonio Buero Vallejo, realizado en Ocaña y que preside en lugar destacado la exposición, y los no menos magníficos de Ricardo Fuente y de Benjamín Palencia, amén de documentos y objetos testimoniales de gran valor.

El recuerdo a la mujer y al hijo ausentes suponen el hilo conductor de una trayectoria que le llevarán de prisión en prisión, y de la mano de la desidia de sus carceleros, al fatídico 28 de marzo, en que se extinguió, consumido por la tuberculosis, el hálito creador de un poeta convertido hoy en clásico.

Un recorrido por la vida y la obra de Miguel Hernández

Desde su inauguración el pasado 28 de marzo, cerca de 10.000 personas han pasado ya por la exposición «Miguel Hernández, poeta» que se muestra en la Sala Municipal «Lonja del Pescado», con una media de 1.000 visitas diarias.

Los 680 metros cuadrados de sala contienen 83 paneles, 16 vitrinas de diferente capacidad y un total de 380 fotografías.

La exposición muestra un importante conjunto de documentos originales, como cartas del propio poeta, el expediente penitenciario y proceso judicial, poemas autógrafos, dibujos realizados por Miguel Hernández y textos mecanografiados.

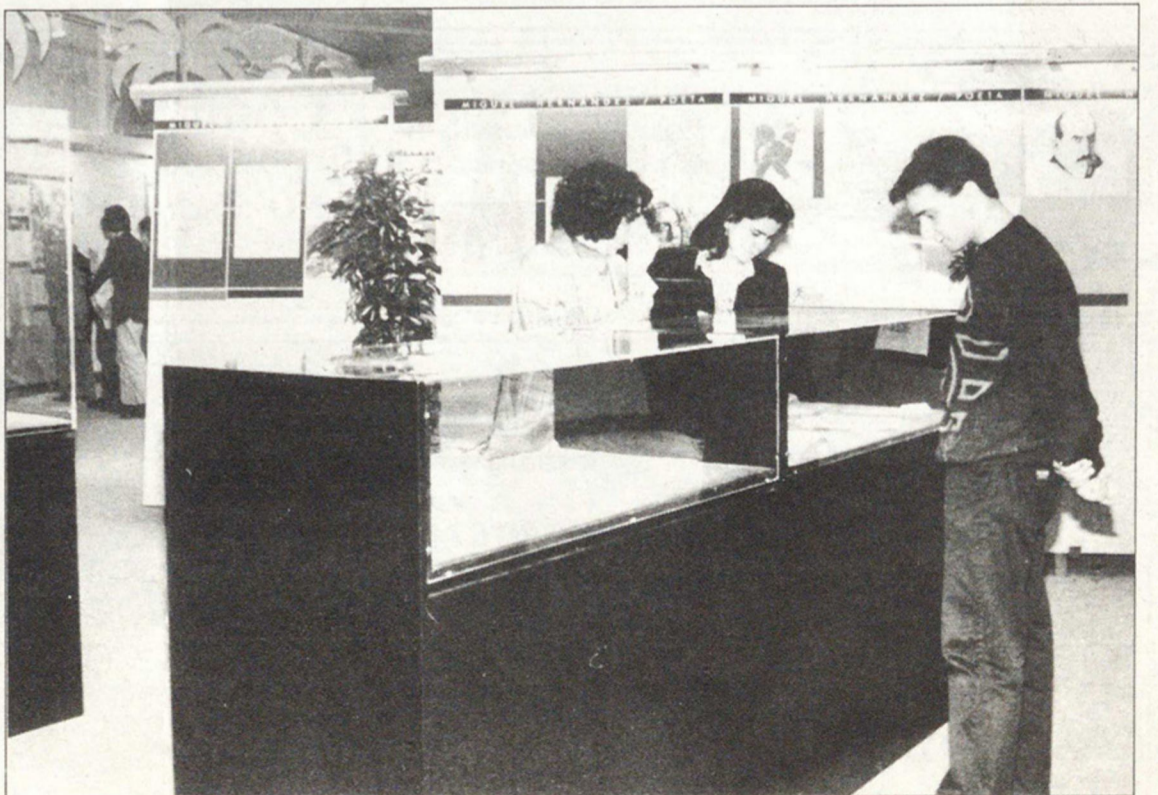
También recoge las primeras ediciones de las obras del poeta, textos usados de su etapa de formación, traducciones de sus libros y una representación de revistas en las que colaboró.

En cuanto a objetos personales se expone la máquina de escribir del poeta, su maleta de viaje, regalos realizados a su esposa y las placas de identificación carcelaria, entre otros.

La última parte de la muestra incluye obras dedicadas a Miguel Hernández, como cuadros, litografías y carteles originales, en un total de 27, destacando el retrato original hecho a lápiz por Antonio Buero Vallejo.

La sala cuenta con una sala de proyecciones en la que se exhiben dos vídeos con más de 300 fotografías que ilustran el recitado de varios de sus poemas.

Hasta el próximo 8 de mayo, y excepto los lunes que la sala cierra, los horarios de visita son de 9.30 a 13.30 horas y de 15.30 a 20.30 horas, de martes a viernes, y de 11 a 14 horas y de 18 a 21 horas, los sábados, domingos y festivos.



VICENTE

Cerca de 10.000 personas han pasado ya por la exposición